I

LA EXPRESIÓN DEL ROSTRO

(Conferencia dada á beneficio de la familia de un amigo muerto.)

Es verdad lo que ha dicho un poeta: «la más maravillosa de las cosas visibles es el rostro humano». Para reconocerlo así, no tenemos más que fijar el pensamiento en los admirables cambios á que está sujeto nuestro semblante, mucho mas variados y singulares que los de las demás partes del cuerpo. Representémonos á un tiempo, uno junto al otro, las cuatro fisonomías diferentes que ofrece un hombre en el transcurso de la vida: la de su primera infancia; la de su primera juventud; la de su edad madura; la de su última vejez; recorramos todas las expresiones por que pasa su rostro, des-

de la más ardiente embriaguez de la alegría hasta la solemne quietud de la muerte; desde la expresión del furor, que lo asemeja al hocico de la fiera, á la expresión de una inmensa bondad, que lo da aspecto casi divino; de la carcajada convulsiva que lo deforma, á la dulce sonrisa que lo ilumina; sigamos todas sus extrañas é inesperadas transformaciones durante la adolescencia; todas las alteraciones á que le someten la enfermedad y los grandes dolores; el continuo trabajo de modificación y casi de lento modelado que le hacen sufrir las pasiones predominantes en los varios períodos de la vida; la naturaleza especial de los trabajos intelectuales y las costumbres del ánimo, y las vicisitudes del cuerpo: no podremos reprimir un sentimiento de profunda admiración. Visible para todos, invisible para nosotros mismos, denunciando todas las emociones del corazón, delatando todos los misterios de la conciencia; hermoso hasta el punto de hacer olvidar la más horrenda perfidia; feo hasta hacer olvidar ó desconocer las más nobles cualidades del alma—ocasión de fortuna para unos, de desgracia para otros,—meta atractiva de las manifestaciones de todas las pasiones, desde el beso del amor hasta la bofetada del odio; cambiante como la superficie del mar é inolvidable entre mil después de una sola mirada—más elocuente que la palabra

cuya fuente posee, y alternativamente espejo y máscara del pensamiento:—puede decirse que una historia en láminas de nuestro rostro sería también la historia de nuestra existencia.

Pero lo más maravilloso sin duda es su facultad de expresar todos, hasta los más pequeños movimientos del ánimo, argumento sobre el cual tiene campo el psicólogo para hacer muchas observaciones, no sólo curiosas, sino útiles; útiles al arte, á la filosofía, al estudio del corazón humano, y de aquí, á la experiencia y práctica de la vida.

Algunas de estas observaciones son las que intento exponer.

Nadie, seguramente, esperará que entre en el campo fisiológico.

*
* *

La línea divisoria que separa la esfera de estudio del fisiólogo de la del psicólogo es tan clara, que para hacerla comprender basta determinar qué es lo que se proponen uno y otro. El fisiólogo define anatómicamente las varias expresiones de los distintos sentimientos; busca su causa y su origen; las estudia en los movimientos de los músculos faciales; indaga las íntimas rela-

ciones que existen entre los movimientos de las expresiones y los movimientos de los órganos de la respiración y circulación; trata de explicar por qué razón emociones diversas ponen en acción músculos diferentes; en qué orden se contraen los músculos en las distintas expresiones; cuáles entre estos músculos dependen más y cuáles menos de la acción de la voluntad; cuáles movimientos expresivos son innatos y cuáles hereditarios; cuáles adquiridos en cada individuo y en qué forma han sido adquiridos; cómo ciertas expresiones se han modificado hasta fijarse en el transcurso del tiempo; de qué modo los movimientos expresivos que nos son congénitos se perfeccionan con el ejercicio; qué parte tienen en el desarrollo de estos movimientos la voluntad y la propia conciencia; en cuánto es instintiva y en cuánto se ha desarrollado en nosotros la facultad de reconocer estas expresiones;—busca y explica la diferencia de determinadas expresiones entre las distintas razas humanas; se esfuerza en descubrir en qué época—durante la larga serie de las generaciones—han aparecido sucesivamente los diversos movimientos expresivos que actualmente presenta el hombre; y en la confrontación de las expresiones humanas con las de los animales, el problema mismo del origen del hombre. Como se ve, el campo es inmenso; á su estudio se consagra un

ramo especial de la ciencia; la red de fenómenos que hay que examinar es prodigiosamente complicada, y su análisis está erizado de delicadísimas dificultades: dificultades de estudiar expresiones indeterminadas del rostro y fugitivas como relámpagos; dificultades de no dejarse influir al observarlas por la imaginación, que ve con demasiada facilidad lo que busca; dificultades de dominar la simpatía que asalta y distrae al observador, al considerar en los demás la expresión de emociones profundas; dificultades en provocar estas expresiones para estudiarlas y fijarlas en imágenes duraderas, aunque sea valiéndose de los muchos y poderosos medios que la ciencia moderna ofrece; dificultades, por último, de recoger observaciones y experiencias exactas en pueblos de razas diversas y de países lejanos. He aquí por qué aún hay muchas dudas y muchos misterios.

*
* *

Pero no por eso es menos admirable lo que ya ha hecho la ciencia en este camino, y basta mirarlo para quedarse asombrado y suspenso. Puede decirse que á la expresión de cada pasión han consagrado pacientes y profundos estudios observadores infatigables; el curioso pro-

fano que interrogue á la ciencia puede hallar tesoros que le maravillarán, en el llanto, en la risa, en la expresión de la mirada, en el beso, en el suspiro, en el rubor, sobre todas las funciones más delicadas del delicadísimo mecanismo de la fisonomía, sobre todos los problemas más sutiles de la fisiología del rostro humano. Yo saludo de lejos estas regiones gloriosas y me limito á considerar la expresión de la fisonomía por el lado psicológico, ó sea por aquel que se refiere al estudio directo y, digámoslo así, práctico, del alma humana.

Pero también el campo psicológico es por sí solo tan vasto, que es necesario limitarse á un orden particular de los movimientos expresivos.

He aquí á cuáles:

Hay movimientos del rostro involuntarios y ligerísimos que revelan, á pesar nuestro, los pensamientos y sentimientos que quisiéramos tener más escondidos. Estos no tienen una manifestación bastante determinada para ser descritos ó delineados por el fisiólogo. Son relámpagos rapidísimos que pasan por la pupila, sombras que cruzan por la frente, vislumbres de sonrisas que se adivinan más bien que se ven; movimientos fugaces de los músculos que entornan los ojos, instantáneos encrespamientos de la piel, mohines de los labios, pliegues apenas perceptibles de las comisuras de la boca, contracciones y temblores de diversas partes de la cara, que la pintura es impotente para representar, que la fotografía no aprecia, que no puede expresar la palabra, y que, sin embargo, manifiestan de un modo evidente los movimientos más ligeros del ánimo: una sombra de sospecha, el paso de un mal pensamiento, un estremecimiento de envidia, el resentimiento de un instante, las más tenues gradaciones del despecho, de la vergüenza, de la incredulidad, de la desconfianza.

Las diferencias que existen entre muchas de estas expresiones son tan pequeñas, que las vemos y no podemos analizarlas. Notamos los cambios de la expresión, y no estamos en situación de definir su naturaleza. Por poco que pensemos en esto, el hecho nos parecerá maravilloso. Estas gradaciones del ánimo son infinitas y de infinita delicadeza, y en seguida las reconocemos, por más que en su mayor parte no podamos decir en qué consisten. No sabemos definir en qué consiste que, permaneciendo perfectamente inmóvil la fisonomía de un hombre, distingamos inmediatamente en sus ojos un pensamiento benévolo hacia nosotros, de un mal pensamiento; no nos es posible definir el matiz que existe entre las dos chispas, necesariamente diversas, que aquellos dos distintos pensamientos hacen lucir por un momento en sus pupi-

las. Esto es inexplicable hasta para el fisiólogo. Puede ser, como observan algunos, que muchas veces se adivine el pensamiento más por las circunstancias que nos inducen á sospechar, que por su representación real; pero en la mayor parte de los casos, la misma expresión es quien provoca y atrae nuestra atención sobre la naturaleza del sentimiento, y de aquí que no se pueda negar que sea por sí misma evidente.

Pues bien, esta maravillosa sensibilidad de los músculos de la cara, este poderosísimo lenguaje, no sólo mudo, sino apenas visible, tiene inmensa importancia en nuestra vida. Y basta una sola consideración para persuadirnos de ello: á saber, que por estas expresiones fugitivas, casi furtivas del rostro, juzgamos nosotros á los hombres más que por sus palabras, y casi podemos añadir, más también, que por sus actos. Los actos pueden tender á un segundo fin; la palabra puede ser fingida; pero la revelación del ánimo, que se denuncia en esos movimientos de la fisonomía, es infalible. El juicio que formamos acerca de la índole de una persona, fúndase en una serie de gestos involuntarios é instantáneos de su semblante, que hemos cogido casi por sorpresa en varias ocasiones, y que se nos quedan fijos para siempre ante nuestra vista.

Busquemos en nuestra memoria; veremos

cuántas personas se nos presentan, conforme las evocamos en nuestra imaginación, con una contracción particular de la boca que expresa falsedad, malignidad ó malevolencia, y que basta por sí sola para destruir en nosotros el efecto de infinitas atenciones y demostraciones de amistad de ellas recibidas, aun durante una larga familiaridad, y que queda en nuestra mente como el rasgo característico de su naturaleza. En la misma conversación habitual no es nunca la palabra quien nos guía para conocer el alma; las más de las veces no prestamos atención al discurso, porque miramos al rostro. Con la persona que nos habla seguimos casi siempre una doble conversación: una vocal; la otra, digámoslo así, fisionomónica. De este modo, la conversación muda de las dos fisonomías, es con frecuencia una rectificación ó un continuo mentís de la conversación oral. Juzgamos de la gente por la conversación muda. Diariamente nos ocurre salir descontentos, humillados, irritados, de un coloquio en el cual no hemos cambiado mas que palabras amistosas y corteses. El rostro lo revela todo. Puede engañar la fisonomía misma, ó sea el conjunto de líneas de la cara; es una débil garantía, como dice Montaigne; ayuda á adivinar el alma, decía La Bruyère, pero no la revela: los movimientos de esta fisonomía, en cambio, no engañan, porque son

irresistibles. Atribuímos gran poder á la hipocresía; con bastante menos frecuencia de lo que decimos, los actos de una persona nos hacen rectificar el concepto que de ella habíamos formado, sin que la sorpresa haya precedido al desengaño. A veces, más bien, mil veces, es posible esconder el alma haciendo esfuerzos sobre la fisonomía; pero después de uno de estos esfuerzos, después de varios de ellos, un guiño de ojos, el sobresalto improvisado de un músculo, denuncia el pensamiento, y en un instante saca á plena luz los sentimientos disimulados por largo tiempo. Ahora bien, cuando llega uno á persuadirse de esta verdad, debe reconocer que diariamente, en el trato social, nos tomamos continuamente un cansancio y una fatiga inútiles para ocultar muchos de nuestros pensamientos. Cada uno de nosotros, por efecto de estas delaciones del semblante, es siempre conocido de sus amigos y de los que le tratan, bastante más profundamente de lo que cree, y por tanto, casi siempre apreciado un grado menos de lo que le demuestran y de lo que él mismo se imagina. Este conocimiento que tenemos unos de otros es tal, que si un día, aparte ya todo miramiento ó cesando ya todo interés, nos dijéramos mutuamente, con absoluta sinceridad, todo lo que pensamos unos de otros, no sólo nos maravillaríamos, sino que quedaríamos

aterrados de la profundidad y exactitud de los juicios y de los descubrimientos recíprocos.

Y, sin embargo, tocante á esto, todos vivimos en una ilusión extraña: la ilusión de que nos juzguen no tal y como nos dejamos adivinar, sino tal y como nos esforzamos por parecer; y no advertimos que precisamente el esfuerzo que hacemos para disimular algunos de nuestros sentimientos es lo que más desventajosamente nos pone en evidencia. Cuando, por ejemplo, dirigimos á otros, por conveniencia, un cumplimiento que no nos sale del corazón, y nos cuesta un penoso esfuerzo, ¿de qué sirve nuestro fingimiento? Para disimular la contrariedad que nos causa ser hipócritas, sonreímos; es decir, hacemos un movimiento del músculo risorio que produce la sonrisa; pero el ojo permanece muerto, y precisamente el contraste entre la boca que sonríe y el ojo que no sonríe es quien revela al alabado una falsedad, que tal vez á no habernos sonreído, hubiera quedado oculta. Cuando en la conversación nos dice alguno una palabra que hiere nuestro sentimiento de falso orgullo, ¿de qué sirve tratar de ocultar el mezquino despecho que sentimos? Mientras continuamos hablando con apariencia indiferente y con la sonrisa en los labios, todo nuestro despecho se traduce en los ojos, entornados, en medio de las pupilas trémulas y que se fi-

jan á pesar nuestro en los ojos del que nos ha punzado con expresión viperina, que hace pensar en un resentimiento; es decir, en una pequeñez de ánimo mucho mayor probablemente que el resentimiento real.

Cuando un amigo oficioso nos repite una palabra mordaz dicha por un tercero á cuenta nuestra, ¿de qué sirve que en vez de dejar trasparentarse francamente nuestro despecho nos encojamos de hombros diciendo:—»Me tiene sin cuidado», y cambiar de conversación—¿de qué sirve, si al abordar la conversación nueva, nuestra mirada se fija, á pesar nuestro, sobre un objeto cualquiera, con una inmovilidad que revela la fijeza del pensamiento?—es decir, una preocupación del ánimo, que desmiente de un modo cómico nuestro fingido despecho y hace que parezca más mezquino! Y es extraño que en tales casos creamos siempre que conseguimos engañar al que nos observa, mientras sabemos por experiencia propia, que nadie—en igualdad de circunstancias—ha conseguido engañarnos.

Ahora bien, este esfuerzo continuo que hacemos por ocultar sentimientos cuya confesión nos había de ser penosa, nos pone continuamente en trances mucho más humillantes que los que resultarían de nuestra sinceridad. Por ejemplo, ocurre con frecuencia este hecho. Ha-

blando afable y cortésmente con cualquiera, pásanos por la imaginación uno de los mil sentimientos hostiles que de continuo pululan y se desvanecen como pompas de jabón aun contra los amigos más íntimos; cuando queremos ocultarle, revélase este sentimiento—todos lo sabemos—en un gesto especial de la boca, por virtud del cual los labios se estiran, se adelgazan, se hacen sutiles con una ligera expresión de rabia.

El rostro de nuestro interlocutor, por razón de simpatía, refleja esta expresión; compone la boca del mismo modo. La conversación continúa algo embarazosa y ninguno de ellos consigue en adelante restablecer en su posición natural la fisonomía. Logran hablar con los labios apretados y cortantes los dos, embarazadamente, evitando mirarse, sin darse cuenta de su sentimiento, y se separan con los labios apretados, sin conseguir ponerlos en libertad hasta momentos después de separarse. Una conversación empezada bajo los mejores auspicios, se ha desviado, dejando en ambos una indefinible impresión desagradable, por aquel inútil disimulo fisionómico intentado por uno de los dos. Y cuanto más nos esforzamos, más nos hacemos traición. Cualquiera recordará haberse propuesto en ciertas ocasiones, y al presentarse á determinada persona, mostrarle un rostro benévolo, franco,

radiante, que fuera como el espejo de un alma dulce y serena.

Pues bien, todos recordarán que nunca como en aquellas ocasiones todos sus recónditos sentimientos, los que más quería tener ocultos, han surgido, haciendo traición á los propósitos; y que jamás ha encontrado tan rebeldes los músculos del rostro, tan indómitos los labios, tan indisciplinados los ojos. En semejantes casos, no hemos obtenido otra cosa que parecer mucho más maliciosos y fingidos de lo que queríamos ser. Pues bien, esta gran facultad de expresión irresistible de nuestra fisonomía, es seguramente, para nosotros, una gran sujeción, ocasión de muchas contrariedades y de muchas mortificaciones de amor propio. Pero es también una gran garantía para la vida. Basta que hagamos la hipótesis de una distribución distinta, de un grado más pequeño de contractilidad de nuestros músculos faciales, que hiciese imposible la mayor parte de los movimientos que ahora hacemos, y en seguida comprenderemos la posibilidad de un disimulo habitual y recíproco de sentimientos, de una mentira universal y perpetua, de la cual nacería una perpetua y universal desconfianza, cuyas consecuencias nos asustan. Si conservando nosotros toda la variabilidad de nuestros sentimientos y nuestra actual naturaleza, todos los rostros se hicieran inmóviles y

mudos como máscaras de mármol, tal vez serían echados por tierra los cimientos mismos de nuestra existencia social.

*
* *

El examen de las expresiones, aunque sólo fuera de los principales afectos, nos llevaría muy lejos. Fijémonos en uno de los más comunes, que es el amor propio llevado hasta la vanidad y el orgullo. La expresión de este sentimiento, sobre el cual apenas se detiene el fisiólogo, ofrece en cambio al psicólogo un campo vastísimo de observación.

Es un sentimiento, como se ha indicado, superlativamente ingenioso y artificioso. Su delicadeza excesiva hace que el hombre se sienta herido por todas partes por los mil achaques de la vida, continuamente, por quien quiere y por quien no, por las palabras oídas y contadas, por signos, por miradas, por sonrisas; y que, por lo mismo, trabaja sin tregua en defenderse, en vengarse, en ocultar la herida, en prevenir la censura con el aplauso, en evitar los peligros con retiradas prudentes y humillaciones voluntarias, á que da el nombre de modestia; á fingir que no se oye una palabra ofensiva á fin de no